



CONFERENCIA MARÍAS TOSCANO, 20.04.2021 **Espiritualidad y religión en el siglo XXI**

PRESENTACIÓN: Hola, buenas tardes a todas y a todos. La búsqueda y el camino hacia la espiritualidad, hoy en día, es un bien cada vez más necesario ypreciado para muchas personas que tratan de dar sentido y significado a sus vidas. La espiritualidad debería encontrarse en lo más profundo de la experiencia religiosa, penetrando en las honduras del ser humano y alcanzándole en su fundamento. La esencia de lo espiritual es la escucha atenta de la conciencia nuclear del hombre. Así que, en un primer momento, atiende a lo antropológico. A continuación, se derrama en lo psicológico y en lo existencial, impregnando a todo el ser. La espiritualidad que busca el hombre y la mujer de hoy pasa por la personalización de la fe, que la religión debiera proponer. Y los místicos de toda la historia del cristianismo siguieron ese camino que hoy nuestra humanidad necesita con todo el ser y más que nunca. Buscad leyendo y hallaréis meditando, decía San Juan de la Cruz. O como la famosa frase de Santa Teresa de Jesús, "Que nada te traume, que nada te turbe, todo se pasa, sólo Dios basta". María Toscano nos va a aportar una visión profunda de este tema a partir del aquí y del ahora. Las nuevas espiritualidades, el papel que juegan las religiones, la espiritualidad fundante y el papel del espíritu. María Toscano, filósofa de profesión y de vida, ha buceado en los interiores de la espiritualidad humana y hoy lo comparte con nosotros y con nosotras. Agradecemos mucho, María, que hayas aceptado nuestra invitación y podamos hoy contar contigo, con tu sabiduría. Tienes la palabra.

MARIA: Muchísimas gracias y gracias por invitarme, nada menos que a vuestro cumpleaños, verdad? a vuestro aniversario, os lo agradezco mucho. Es verdad que me encantaría veros, que esto de hablar a una pantalla, pues ni me gusta pero, por otra parte, gracias a eso podemos hacerlo. Es decir, que es doble mi actitud ante el tema de la pantalla. Por una parte no me gusta. Por otra parte, entiendo que gracias a ello podemos estar aquí ahora. Muy agradecida porque me invitéis. Muy agradecida. Y para hablar de este tema, que me parece un tema tan importante y que está cuestionando a muchos niveles, muchas veces tanto a los creyentes como a los no creyentes, como a los que viven en la marginalidad. ¿Dónde estamos hoy? ¿Qué ha pasado? Después de las guerras mundiales, Europa entra en un proceso filosófico muy complejo de autodefinición.

¿Quiénes somos? ¿Quién es el hombre moderno? ¿Quién es el hombre civilizado del siglo XX que ha matado igual que hizo Caín con Abel con una quijada?. Sólo que en vez de con una quijada, lo hacía a través de armas mortíferas, de disparates. Es decir, la pregunta es qué pasa en los 50 últimos años del siglo XX, donde el hombre empieza por presentar problemas de carácter existencial muy profundo. De ahí la filosofía existencialista, todos los estructuralismos, toda la búsqueda del hombre se dedicaba a buscar. ¿Pero qué ha ocurrido? que a finales del siglo, sobre todo en el último cuarto del

siglo XX, van a aparecer una serie de espiritualidades de marginalidad en los ámbitos de la marginalidad, queriendo responder a un anhelo. Ten en cuenta que la vida humana es puro anhelo, es deseo de plenitud, es deseo de felicidad.

Y ese deseo de felicidad y esa plenitud, el hombre del siglo XX no la encuentra, no la encuentra en la filosofía y no la encuentra en las instituciones y ni siquiera en aquellas instituciones que han ofrecido siempre un apoyo firme a lo que el hombre decía. Estamos ante un nuevo desencanto. Aparecen las filosofías y las teologías de la sospecha. Nada está seguro, nada arraiga. Y para colmo de males, las instituciones se dedican a darnos dogmas, verdades encorsetadas, realidades escuetas. Y el hombre de la calle no sabe, no sabe de que estamos hablando. Si ustedes ahora salen a la calle y preguntan cosas muy elementales de nuestra tradición cultura religiosa, no sólo es que no lo saben, es que no lo entienden y que, además, no le dicen nada, no le dicen hemos de cambiar el lenguaje. Por lo tanto, ha habido en estos 25, 30 últimos años un deseo de búsqueda de un lenguaje que le lleve al hombre a una vivencia profunda de su propia espiritualidad, de una espiritualidad verdadera, de una espiritualidad que le sirva para conectar con ese anhelo, con esa nostalgia. El hombre vive en una profunda nostalgia, en una nostalgia de algo que no ha sido como tenía que haber sido y de un anhelo que le lleva a la búsqueda de una felicidad plena y total.

Han aparecido todas esas nuevas espiritualidades intentando que el hombre llene un vacío existencial profundo. Decía Martín Velasco que vivimos en una auténtica deforestación de los medios religiosos, en una desertización de medios religiosos. Hay un vacío, un vacío. Hay una necesidad de encontrar un techo sólido y de un suelo firme. De otra parte, todas las filosofías materialistas del XIX se agolpan a finales del XX y parece que la materia lo envuelve todo. El deseo del dinero, el deseo de lo material, de lo pequeño, de lo que tenemos al alcance, que produce en el fondo una inmensa y profunda insatisfacción. Por lo tanto, hemos acabado un siglo con una gran insatisfacción interior y con un gran deseo de encontrar una solución, de encontrar un modelo de comportamiento, en definitiva, de encontrar un consuelo.

Han aparecido religiosidades de muchas maneras, de muchas formas, pero esas religiosidades han valido para grupos, a veces un poco esotéricos, un poco cerrados en sí mismos, pero que han intentado aclarar, darnos a conocer una nueva forma de entenderse con lo sagrado. Todo ese conglomerado de espiritualidad y llamadas la New Age han intentado dar pequeñas soluciones. Voy a ver tres posturas ante estas nuevas espiritualidades muy dispersas, muy distintas, muy diversas. De una parte, Agustín López Tobajas escribió un libro que se llama "Las nuevas espiritualidades", en que las ataca frontalmente.

Dice que estas nuevas espiritualidades contribuyen a la falsificación, que son una espiritualidad color pastel, hedonista, que ignora los elementos fundamentales de cualquier vida espiritual. Las llama pseudo espiritual es muy duro con este tipo, escribió un libro que además se leyó por todas partes. Él decía que es un perfecto ejemplo de falsificación.

Por lo tanto, hay una una actitud dura y frontal frente a este nuevo tipo de espiritualidades. Sin embargo, David Spangler escribe un libro sobre la nueva conciencia y desarrolla una visión mucho más positiva y con el que yo estoy más de acuerdo. Hay que desarrollar una nueva conciencia para que este hombre, un poco desganado, desertizado, del siglo XX, encuentre un auténtico consuelo en una espiritualidad de profundidad. Y él dice que yo tengo fe en la nueva era, dice Tangles. La esencia de la nueva era es la expresión de un

amor compasivo. La nueva era introduce además al ser humano en un sentido holístico, planetario. Esto es una cosa que han desarrollado enormemente los de la Nueva Era, el sentido planetario, universal del hombre, el sentido de la universalización del hombre. Hay que buscar valores olísticos. Y también otra cosa positiva de la nueva era, ha sido un renacimiento de lo sagrado, lo sagrado, expresión que yo voy a usar mucho porque responde mucho a esa necesidad universal, de volver a reconectar nuestros orígenes. El ser humano, como decía Raimon Panikker, es Cosmoteándrico. Nuestra relación sólo tiene sentido si nos conectamos con el cosmos, con la trascendencia teándica y con los anthropos, antropocéntrico. Somos seres universales y una cosa sin la otra, decía Panikker no tiene sentido. El cosmos sin el ser humano carecería de significado. El ser humano sin el cosmos no podría ser, y sin Dios nada tendría sentido.

Por lo tanto, es el renacimiento de lo sagrado que introducen estas nuevas espiritualidades, ha venido muy bien para darle forma, para darle de alguna manera una estructura a este desencanto del hombre del siglo XX.

Tenemos, por una parte, muchos bienes materiales que nos han hecho la vida mucho más cómoda, más simple, más feliz. Y, sin embargo, por dentro el hombre tiene una auténtica necesidad de felicidad, una auténtica necesidad de plenitud, una auténtica necesidad de convertirse en algo que sirva para el cosmos y para toda la humanidad y para sí mismo. Meloni, que ya conocéis, tiene una visión mucho más, diríamos conciliadora, entiende perfectamente qué valores tiene la New Age y, cómo a pesar de todos sus fallos, tiene una serie de condiciones. Voy a decir un texto que es muy bonito, de Meloni, "Hacia un tiempo de síntesis", libro recomendable absolutamente, donde propone que la New Age es en realidad una búsqueda de armonía, que frente al dolorismo de la estética tradicional, nos debe de añadir, asumir a una visión mucho más dulce, mucho más tierna de la búsqueda y sobre todo, a una armonía planetaria universal. Pero él dice que esto tiene un peligro: caer en un cierto mundo artificial, demasiado auto concentrado y que, sin embargo, él reivindica, Meloni, que la cruz es escándalo para unos, locura para otros. En Meloni se encuentra siempre este deseo de conectar una cosa nueva con lo antiguo y lo antiguo con lo nuevo de una manera armónica. Llega a decir que la New Age es la exaltación del momento presente, pero que eso no le debe llevar a volvernos contra lo que significa la solidaridad. Muchas veces es interiorismo esa búsqueda de la interioridad mal entendida puede llevar a un solipsismo espiritual, a quedarse solo en la búsqueda de mi propia satisfacción espiritual. Hay que buscar que la vida espiritual es en racimo, somos en grupo, vivimos de solidaridad.

También habla Meloni del tema dogmático y excluyente, y como, en cambio, la New Age es mucho más receptiva, es mucho más abierta. Por lo tanto, estas nuevas espiritualidades tienen su cara y su cruz. A mucha gente le han hecho mucho bien. Lo malo es cuando uno se queda en la superficie, cuando uno se queda en la parte externa, cuando se cree que el vivir una vida espiritual es comer sano, es pensar que existen seres en otras dimensiones, cosa que muy probable que sea así y seguramente que lo es así y no tener un compromiso con el universo, no tener un compromiso y, sobretodo, el gran fallo que se le puede acusar a estas nuevas espiritualidades que casi nunca hablan de auténtica transformación. Cuando luego, en la última parte de la charla yo hable de espiritualidad, veremos que no puede existir espiritualidad, sin metanoia. La espiritualidad exige un cambio, una orientación, mirar al Oriente. Estamos desorientados, no miramos al Oriente, hemos perdido el sentido y al estar desorientados hemos perdido la visión. Toda verdadera espiritualidad debe conducir por el camino de la transformación, de la búsqueda del verdadero oriente, del camino espiritual que transforma a medida que se

recorre. Si el de la vida espiritual no transforma al caminante, no es verdadera vida espiritual.

Tengo que decir que ya desde la carta a Timoteo de Pablo se nos advierten de todas estas cosas. Es un texto que todos conocemos, no, porque vendrán tiempos, dice Pablo de Tarso, en que los hombres no soportarán la doctrina sana, sino que, arrastrados por sus deseos y sus pasiones, se harán con un montón de maestros por el prurito únicamente de oír novedades. Es decir, que esto ya en el siglo I, ya era una cosa que se advertía, que no se puede caer en la banalidad espiritual. No se puede caer en la blandura espiritual. La vida espiritual es una fortaleza del ser humano que puede estar blanda por fuera, pero tiene que ser muy firme por dentro.

Y un texto de Agustín de Hipona, el gran Agustín, habla también de los tesoros doctrinales que existen fuera de la religión cristiana. En el texto famosísimo de Doctrina cristiana, del siglo Quinto, dice, algunas doctrinas de los paganos contienen artes y sabidurías que sirven a la verdad y algunos preceptos morales utilísimos que conducen al culto de Dios. Ellos han sacado estos saberes de la divina Providencia y es oro y plata que se ocultan en todas partes. Es decir, que ya desde el principio del cristianismo hay, por una parte, la actitud abierta de la búsqueda de la verdad que ya está en otros, en otras culturas religiosas, en otros lechos teológicos de los que vamos a hablar luego. Y también, por otra parte, la advertencia de la banalidad.

Nosotros estamos viviendo un momento de cambio, claramente, un momento de auténtico paso de un momento a otro, tanto cultural como religioso, como institucional. Estamos moviéndonos. Es como cuando uno está en un momento de movimiento donde es muy difícil mantenerse en pie, es difícil, y sin embargo, no por eso sumamente interesante y sumamente esperanzador, porque todos los cambios, crisis, cambio es siempre un proceso para mejorar y el ser humano avanza de crisis en crisis, avanza de salto en salto y si no pierde de vista su profundidad, si no pierde de vista su auténtica capacidad de ser un ser pleno y espiritual, estará bien situado.

Yo quiero decir con esto que no le tenemos que tener miedo a las nuevas espiritualidades, siempre que mantengamos la cordura, siempre que mantengamos una posición de firmeza, de conocimiento.

A mí me da mucha pena cuando hablo con la gente y veo gente que no tiene ningún tipo de formación religiosa, no ya de pequeñas cosas. Se creen cualquier cosa, todo les parece bonito, todo es bueno, todo es feliz y de repente les falta el fundamento, no conocen verdades profundas de la larguísima tradición en la que estamos nosotros metidos. Hay un gran desconocimiento y eso nos lleva a perder la capacidad de ser nosotros mismos, de ser lo que tenemos que ser.

¿Qué papel han tenido las religiones en todo esto? ¿Qué papel han tenido en esta evolución humana del anhelo humano, de la nostalgia humana, de la búsqueda de la plenitud? Un papel importantísimo. Las religiones, hoy más bien se habla de lechos teológicos. El lecho teológico es el humus, el fundamento donde nacen, crecen y se desarrollan las distintas religiones. Ese humus ese lecho está formado por la cultura, hasta incluso por el clima, por la vegetación, por la manera de vivir, por la manera de entender. Un lecho teológico es un ámbito, es un ecosistema religioso. Y ahí nace una religión concreta que responde a la necesidad espiritual y de seres concretos, de seres humanos concretos.

En este sentido quiero afirmar una cosa desde ya: todas las religiones son verdaderas. En qué medida son verdaderas las religiones? En la medida que responden a la misma nostalgia, en la medida que responden a la llamada del espíritu, en la medida que responden a que el hombre quiere planificarse de una manera total en un ansia de encontrar algo que está fuera de sí mismo. Eso que llamamos la trascendencia, llamémosle como le queramos llamar.

Si uno estudia a fondo y medita gran parte de los textos de todas estas culturas religiosas, se dará cuenta que todas ellas viven apoyándose en eso que llamamos las aguas subterráneas del Espíritu.

El Espíritu Santo es un río, un río último, bajo, en el fondo, como decía el Tao, el agua siempre busca el camino más bajo, el fondo del agua. Pero es un agua vivificante, un agua purificante, un agua que da vida. Y todas las religiones, las verdaderas religiones, sus grandes hombres, mujeres, santos y sabios, han sumergido en las aguas del espíritu y son los que proponen que esas religiones le den al hombre un horizonte de sentido. Eso es lo que tiene que hacer una religión, proporcionar un horizonte de sentido.

La religión es una nodriza del hombre, nos ha formado, nos ha evitado caer en la barbarie, nos ha evitado, nos salva modelos éticos de comportamiento. Las religiones son fundamentales para el ser humano y son fundamentales como tales estructuras internas de la propia cultura que hace que el hombre busque fuera lo que sabemos que hoy está dentro. Hay una larga tradición en la mística de la búsqueda entre el Trascendente, lo inmanente, en que los místicos han encontrado ese término medio fundamental en que hacen buscar la trascendencia en la inmanencia, lo de fuera dentro, porque dentro del ser humano nos zambullimos en esas aguas subterráneas y gracias a esas aguas subterráneas del espíritu podemos aflorar y dar búsqueda de la verdad de esas grandes religiones.

Decía también Meloni, que es una frase que siempre me ha gustado "se puede tener fe y sin embargo, no mantener las creencias". Eso me parece tan esencial para un mundo como el de hoy, donde lo que está en duda son las creencias concretas, donde está en duda lo que hay, son las formulaciones concretas. Hoy estamos muy cansadas, cansados de formulaciones dogmáticas estereotipadas, como pequeñas píldoras de solución, como si las religiones estuvieran encapsuladas en unas verdades que hay que tragar y aceptar, sin darnos cuenta que lo que importa es lo que oculta la cáscara, lo que oculta la píldora, la vida que está dentro de esas verdades. Todas ellas son verdades, pero es la forma de tener la transmisión lo que se nos ha estropeado. No nos vale para nada. Muchas veces las religiones se han dogmatizado de tal manera que sean esclerotizado. La religión, dice también Meloni, son las copas. La espiritualidad es el vino. Las creencias, la denominación de origen y la mística es beber de este vino hasta embriagarse. Yo, la última parte de mi charla, quiero dedicarla a esta espiritualidad de la embriaguez, a esta espiritualidad de lo último, que es, en definitiva, lo que nos salva de toda esclerotización.

La llama es incandescente, pero la línea se extingue. ¿Qué quiere decir?: Que tenemos claro que en las grandes religiones existe un fuego, fuego devorador que dice la Biblia, no, nuestro Dios es un fuego devorador, pero lo hemos como domesticado, nos hemos olvidado de que el fuego devora, quita, purifica. Le hemos quitado toda la fuerza y hemos convertido las religiones en una serie de cápsulas de verdad ética. Hemos convertido en moralinas. La religión no tiene nada que ver con la moralina, la moral, la verdadera moral es la parte previa a la religión. Es el primer paso. Evidentemente, la ética es lo que hace que el hombre tenga una conducta humana, propiamente humana, por encima de la

animalidad. Pero es que la religión no ha venido a ser una ética. La religión ha venido a darle al hombre un horizonte de sentido, eso que nosotros llamamos con palabras más simple la salvación. Es decir, estamos aquí formando parte de un cosmos totalizador en el que formamos parte de él de manera plena. Venimos a darle sentido a nuestro tiempo, a nuestra época, a nuestro cosmos, a nuestra vida. Y todo eso lo hacemos gracias y por al Espíritu Santo.

Las religiones institucionalizadas son necesarias, porque si no la tradición se iría, la tradición perpetua acabaría. Nosotros lo necesitamos para salir de la barbarie, para tener una visión espiritual. Muchas veces las religiones han ido perdiendo, me acuerdo que hace muchísimos años, como treinta, estuvimos en la India mis hijas y yo, y una tarde que era pronto para la cena en el hotel, nos acercamos a un templo que al lado del hotel no, así como quien no quiere la cosa, no era una visita, era que estaba al lado del hotel, a un templo pequeño. Y estuvimos hablando largamente con el encargado del templo y nos dijo: Ya hace treinta años que en la India la gente había dejado de ser religiosa. Nos llamó muchísimo la atención porque nosotros fuimos a la India una peregrinación al Tíbet, por lo cual íbamos en un ambiente plenamente, diríamos, espiritual, religioso. Y él no. No, aquí ya los jóvenes no vienen. La gente no se sabe los mitos, la importancia del mito. Ahora hablaré de esto.

Quiero decir que es un fenómeno universal esta especie de desacralización del universo, cuando en cambio, la tendencia, lo que de verdad hay lo que de verdad, si estamos atento a lo espiritual, es un intento de volver a sacralizar, volver a retomar el sentido sacro de la realidad que hemos ido perdiendo. Por eso, muchas veces ahora, muchas partes de la religión institucionalizada tendría que quedarse al margen, tendría que dejar pasar a una espiritualidad profunda de volver a sacralizar todo lo que nos rodea, todo lo que nos rodea. Decía Bergson que la religión es una cristalización de la mística incandescente que se le ha dado a la humanidad y también una frase que a él le encantaba repetir: La religión es algo así como la vulgarización a la ciencia, no, la religión a la mística es como la vulgarización a la ciencia. Es la parte externa. Y sin embargo, la religión ha tenido durante siglos un papel fundamental para contener, transmitir esas verdades. Lo que ocurre es que ahora la forma de transmisión, la manera de que lo que transmite no nos está valiendo. De ahí que las instituciones se tambaleen. De ahí que muchas veces no encontremos la forma. Bueno, nosotros, por ejemplo, que estoy hablando, supongo, a una tradición católica cristiana y por el ámbito en el que los que estamos moviendo.

Si somos verdaderamente serenos e imparciales, vemos que se han cometido enormes errores en este siglo y medio. Enormes errores. Ya el siglo XIX fue una piedra como blanda, una piedra santurrona, una piedad que le quitaba toda la fuerza que tiene que tener la espiritualidad, toda la vitalidad de la espiritualidad profunda de la transformation humana. Era una piedad la que nos transmitían.

El siglo XX, la Iglesia se cerró en su caparazón, aterrada ante el modernismo, en vez de enfrentarse cara a cara y coger por los cuernos a la realidad del mundo del ateísmo teórico que se nos venía encima, el ateísmo, el desencanto, la muerte de Dios, todos esos problemas filosóficos profundos que han puesto en evidencia al ser humano contemporáneo. La Iglesia se ha limitado a esconderse y eso es muy triste para los que estamos dentro de ella. Para los que estamos dentro es muy triste ver una posición siempre de miedo. Hay una especie de desconfianza al espíritu. Por lo tanto, me gustaría que nos diéramos cuenta que, por una parte, la religión es absolutamente necesaria. Son cristalizaciones de una realidad necesaria para el hombre. Son verdaderas transmisoras, pero claro, cuando se quedan en la cáscara y se olvidan de lo que llevan dentro, cuando

la cápsula es tan fuerte que te impide entrar en la parte sanadora de la medicina, te quedas con que la cápsula no vale para nada. Y gran parte del desencanto y la desilusión de hoy día es precisamente porque las instituciones no han sabido transmitir la vida, el fuego, el agua y el espíritu, que son lo que realmente hace viva la espiritualidad.

Es verdad que, por ejemplo, en Oriente, lo que nosotros llamamos religión casi se puede aplicar a las tres grandes religiones del libro, a las que provenimos de Abraham, las tres grandes, no, el judaísmo, el cristianismo y el Islam.

Ahí entra toda esa definición de religión que tenemos de la cabeza nosotros. Pero sin embargo, en el mundo oriental, la religión forma parte de la vida, es la textura de la vida misma, es el darma, es decir, es la esencia de la realidad. El hombre vive inmerso en una realidad sacral y vive inmersa en una realidad donde todo tiene significado. De ahí la importancia del rito y del mito que en Occidente hemos perdido y que nos ha hecho mucho daño.

Así que, por una parte, yo defendería la revitalización de la religión en tanto que formadoras nodrizas y transmisoras de verdades incandescentes y, por otra parte, la caída, la muerte de la parte externa, de la cáscara, de esa parte que nos impide llegar al espíritu.

Hoy en el siglo XXI, necesitamos la experiencia personal. Queremos vivir una experiencia personal. No es sólo lo que creyeron nuestros padres. No es sólo lo que dice la sociedad. No estamos en una religión institucionalizada, social. Queremos vivir cada uno de nosotros una espiritualidad profunda, profunda, vista desde nuestra propia experiencia personal. Queremos tener contacto personal. Y esto es lo que hay que potenciar, producir, ayudar para que aquellas personas de buena voluntad que quieran empezar e iniciar un camino espiritual serio, puedan hacerlo. Y esa es la auténtica espiritualidad, la espiritualidad verdadera.

Rahner, que hablaba mucho de lo que él llama la mística de la cotidianidad, decía que muchos alcanzan su plena autorealización cuando alcanzan la fe, el amor, la humildad y las buenas obras hechas desde el fondo del corazón.

Quiere decirse que hay personas que, siguiendo por dentro las normativas externas de una religión, alcanzan la plenitud. Pero, sin embargo, no todos quieren eso. No todos se conforman con eso.

Hay personas que necesitan una profundización. Tienen un llamado a la profundidad. Tienen un llamado a encontrar cómo se conecta uno con el Espíritu. Cómo se conecta uno con el espíritu. De ahí la necesidad de ahondamiento. Una palabra muy clásica del siglo dieciséis es la palabra recogimiento. Es una palabra propia de toda la espiritualidad del siglo XVI, recogerse en sí mismo.

Francisco de Osuna habla de la espiritualidad como un recogimiento en el corazón. Dios dentro de mí y yo dentro de él, que luego aceptó el tema de la inhabitación. Eso es lo que buscamos. Por lo tanto, me gustaría ahora pasar a lo que podríamos llamar, qué son lo que llamamos la espiritualidad profunda. ¿De qué espiritualidad estamos hablando?

El hombre vive con un anhelo, una insatisfacción y un deseo, acordaros, es la sed la que nos alumbró en la noche. Es la sed de la fuente la que nos conduce siempre en la noche. La noche significa nuestra oscuridad propia, nuestra propia ignorancia, nuestra propia

debilidad. Pero es el Espíritu el que conduce y es la sed la que nos guía. Y además, Ireneo de Lyon decía en el siglo II "La fuente tiene necesidad de sed de vida", es decir, es la fuente la que nos atrae. Y cuando el hombre inicia el camino espiritual, está llamado y está queriendo llegar a una plenitud de vida en el Espíritu, atraído por el Espíritu, en medio de la noche. ¿De qué sabiduría hablamos? Lo dice en Corintios I muy bien, Pablo, no, de una sabiduría oculta, escondida, eterna. Más allá de todos los siglos que nos viene a ofrecer para que podamos entrar en la gnosis, en el verdadero conocimiento, en el conocimiento de esa realidad que en el fondo nos atrae, nos está atrayendo, nos está urgiendo a buscar. Y hoy se nota muchísimo esa urgencia. Yo no sé ahí vosotros, pero en realidad hay una urgencia de la vida del espíritu, en cuanto que hay un renacer en una parroquia, en un grupo, en una institución medio institucionalizada, media no. Hay una búsqueda total, porque necesitamos encontrar eso que nos llene, esa agua viva del Espíritu. Por lo tanto, queremos enseñar con Pablo una sabiduría divina, misteriosa, escondida y predestinada por Dios desde antes de todos los siglos, para poder encontrar esa sabiduría que nos alcance la plenitud. La palabra sabiduría en los textos sagrados equivale a santidad.

Nosotros hemos perdido mucho el concepto de sabiduría, pensando que la sabiduría es un cúmulo de conocimientos y la sabiduría es la capacidad de saborear, es la capacidad de poder encontrarse con el espíritu vivo de Dios en las cosas, en los demás y en sí mismo. Si uno se da cuenta e inicia un camino espiritual serio, se da cuenta que son esas tres dimensiones con las que va a topar, por una parte en sí mismo, por otra parte los demás, por otra parte toda la realidad Cosmoteándrica que me rodea

Cuando hablo de mí mismo, tengo que volver a todos los sistemas de meditación, introspección, búsqueda interior de mí mismo y la búsqueda interior de mí mismo, tiene que estar precedida de dos cosas fundamentales: ser limpio de corazón y manso. Dos cosas difícilísimas que apenas le damos importancia y que son la parte previa y fundamental para iniciar un camino de espiritualidad. Por una parte, la mansedumbre tan mal entendida. El manso es el que lleva al toro bravo, el que lo conduce. El manso es grande, poderoso, firme. Uno cree que el manso es un blandengue que no sabe lo que tiene que hacer. No señor. Ser manso es difícilísimo porque implica una fuerza brutal. La mansedumbre es lo que te pone en camino para aceptar todas las dificultades del viaje, para tener la fuerza para soportarlas y para no hacer nunca jamás daño a nadie que te encuentres con él. Por lo tanto, la mansedumbre es una necesidad espiritual fundamental y otra necesidad espiritual fundamental para ponerse en marcha del conocimiento de sí mismo y de los demás: la limpieza de corazón, y la limpieza de corazón sólo se adquiere cuando uno está desposeído de todo, cuando uno no ansía nada más que lo único que es ansiado, lo único, lo único que merece la pena, lo único que de verdad puede ser ansiado. Mientras que estemos ansiando todas las demás cosas, mientras nuestro conocimiento sea un conocimiento de apabullar, de tener, de tener, de tener dinero, de tener ideas, de tener conocimiento de cosas varias.

Ese tener nos impide ver.

Hay que limpiar el corazón siendo limpios y siendo limpios significa estando vacíos. El vaciamiento es esencial para limpieza de corazón. Mi ojo no puede dejar de ver la paja del otro, porque tengo una columna dentro de mí, porque tengo una viga. Mientras que yo tenga la viga, no puedo limpiar. ¿Y qué veo cuando se limpia el ojo del corazón? Veo aquello que he de ver, que es al otro y a lo otro en su totalidad, en su limpieza prístina, en su realidad, en la esencia de lo que es. Por eso la vida espiritual nos lleva a y nos conduce a una visión y a una visión que indica que no se necesitan intermediarios. De ahí

que los grandes místicos, cuando desarrollan el tercer ojo, como los Victorinos en el siglo XII, que son los primeros que empiezan a hablar de la teorización del tercer ojo, es desarrollar ese ojo interior del amor que ya está limpio y está limpio porque está vacío, prístino y porque ve lo único que tiene que ver. Cuando el ser humano ha alcanzado esa visión, todo lo demás desaparece. Todo lo demás desaparece.

Por lo tanto, la vida espiritual es un camino en el que uno, ahondando en sí mismo, empieza por librarse de sí mismo, limpiarse de sí mismo. Y en cuanto que se limpia de sí mismo, en cuanto que se libera, encuentra y qué encuentra: al otro y a lo otro. Al otro, siempre en la dimensión de la profundidad que te da el hermano, no. La pregunta del Génesis ¿dónde está tu hermano? Dónde está tu hermano? Es una pregunta se nos va hacer al final del camino. Por lo tanto, uno no puede vivir la vida espiritual en un solipsismo más o menos agradable, como dijimos al principio. La vida espiritual es un compromiso con los demás y con la realidad, y eso hay que verlo. Ver significa comprender al otro, pero ver a esa otra cosa, a esa otra cosa que me llama, a ese misterio profundo que nosotros llamamos Dios, pero que en el fondo no sabemos lo que estamos diciendo. Llamar, sentirse llamado a eso es vivir una vida de plenitud en la visión espiritual.

Y mi pregunta es ¿Las religiones hoy potencian todo esto? Cuando uno entra en la iglesia, y no me refiero solo al templo, realmente encuentra esto, no? Esta es la gran acusación que yo le haría hoy a las grandes instituciones religiosas. ¿Por qué el hombre no encuentra esto? ¿Por qué no se tiene en cuenta la experiencia de los místicos? ¿Por qué no se lee a la mística? Nosotros, de tradición cristiana, pero es que Dios ha hablado de muchas maneras a los hombres. Ya lo hemos leído la epístola y ahora habla por nuestro Señor Jesucristo. Pero ha hablado desde toda la eternidad o hemos creído que el Espíritu Santo sólo nos habla a nosotros. Qué va! Si uno empieza a ahondar en los grandes literaturas místicas de todos los tiempos, encuentra que allí está palpitando el Espíritu de Dios, palpita y está mostrándonos el camino. Está mostrando su amor, su dulzura, su comprensión y también su exigencia. Por eso la vida espiritual es una mezcla de conocimiento y exigencia. Es un sí, es dar un sí, es dar un asentimiento a una llamada. Cuando uno dice que sí a la llamada en la vida espiritual, está entrando en un camino que ya nunca sabe más lo que le puede pasar a partir de ese camino, es dar un sí a lo desconocido, a lo enorme, a lo que me rodea. Y yo siento mucho decir que estas cosas no aparecen en la formación religiosa, que esto no está en las religiones culturalmente.

¿Qué ha pasado? Pues que la gente busca fuera. Ya lo dice el Evangelio, nos van a quitar la viña. Si nosotros no cuidamos la viña, nos la quitaron. Claro que nos la quitarán. Nos la quitarán porque hay que estar donde esté el espíritu, no donde esté la institución. Hay que ir en busca del espíritu, aquello que me transforma, aquello que me plenifica y aquello que apaga mi sed. Si no voy en busca de lo que apaga mi sed, no es una búsqueda verdadera. Y además, tengo que luchar durante el camino para encontrar la fuerza, para encontrar aquello que mitigue mi sed. Y eso lo hace la mística y lo hace la transformación interior. Y lo hace la metanoia. Es la búsqueda del camino.

A mí gustaría poder decir que sí, que las religiones lo hacen todo esto, pero en realidad no lo hacen. La prueba está que no lo hacen, que es una desbandada universal ante las religiones institucionalizadas. Bueno, ya en el siglo XVI, García de Cisneros escribe en una introducción de su libro una lamentación tremenda de la falta de espiritualidad de los religiosos y en la guía del padre Molinos, que yo prologué hace muchos años, hay un capítulo entero dedicado a lo mal que lo hacen algunos confesores y el daño que hacen almas que, estando mucho más avanzados que ellos, no le pueden enseñar el camino. Es

decir, que ya viene de antiguo el pensar que muchas veces aquéllos precisamente que debían de vivir la vida espiritual en profundidad, no lo hacen. Esa es la gran acusación. Y ese es el gran problema, que cuando mucha gente con más o menos formación y con buena voluntad va a los sitios oficiales a encontrar, se encuentra que no hay espiritualidad, que no la hay. Esto es muy grave y es muy triste. Pero para compensar todo eso tengo que decir que hay un enorme deseo de búsqueda espiritual.

Hay un versillo por ahí de San Juan de la Cruz que dice "Olvido de lo creado, memoria del Criador, atención al interior y estarse amando al amado". Fijaros qué programa tan simple, tan pequeño. Es un versito de esos romances sueltos de San Juan. Olvido de lo criado, no es que te olvides de la naturaleza. Juan de la Cruz era un enamorado y decía que estaba lleno de la hermosura del amado, tanto las montañas, los ríos, los valles. Él no es contra la naturaleza, olvido de lo criado es olvidarse de lo finito, olvidarse de lo que tiene fin, de lo caduco. Memoria del Creador, es decir, ¿qué hay detrás de todo eso? O mejor, ¿qué hay dentro de todo eso? ¿Qué hay dentro de eso que nos parece caduco, pequeño? ¿Qué hay? ¿Qué es lo que lo sostiene?: memoria del Creador. Atención al interior y esto es interesante, busca dentro de ti, busca, medita, ora, reza, piensa, contempla, contempla el universo, contempla la naturaleza y en esa contemplación encontrarás esa presencia y la finalidad de la vida espiritual: estarse amando al amado. Fijaros que emplea el verbo estar. Permanecer, como San Juan te lo repite veintiuna vez en el permanecer en mi amor, pues estarse amando al Amado, el final de esta espiritualidad.

Me encantaría decir que hay mucha gente que tiene esta búsqueda que hoy se nota esta necesidad de búsqueda profunda, que hoy hay una sed grande de espiritualidad y también que hay que tener valor para buscar, encontrar mistagogos allí donde los haya. Seres que sean capaces de traernos la vida espiritual en profundidad, seres que sean capaces de hacernos beber la bebida del Espíritu y que no tengan miedo. No importan tanto las instituciones, no importan tanto las verdades metidas en una cápsula, no importan tanto las creencias. Mirad lo que dice Meloni: importa el fuego, aunque las creencias, que la leña se consuma, no importa la copa, lo que importa es el vino, no importa la denominación de origen de la creencia, sin embriagarse con el vino del espíritu.

Y para acabar, porque así podemos tener un buen rato de charla, que me apetece mucho que haya una charla larga. ¿Dónde acaba, dónde acaba esta vida espiritual? Cómo acaba? Acaba en el gozo, acaba en la fruición.

La vida espiritual es una transformación en que no se te va a ahorrar ningún mal tropiezo, no se te va a ahorrar ninguna dureza, no se te va a ahorrar ninguna caída, la caída. Esta Semana Santa, en una de las meditaciones del Viacrucis, me di cuenta, de repente, toda la vida oyéndolo y de repente ahora caí en la cuenta de lo que significan las tres caídas. Cae una vez, cae una segunda vez, cae una tercera vez. Y esa caída, destrozado, humillado, ya hecho un harapo, ya no tenía cara de hombre, era un ser destrozado, es lo que nos pasa a nosotros. Y esa caída no se nos van a ahorrar.

Es decir, pretender que la vida espiritual es un camino como de rosas y que se arregla todo diciéndonos que nos queremos mucho y tomando comida sana. No lo digo en plan de meterme con eso, pero es que creo que hay una banalización muy fuerte de la vida espiritual. La vida espiritual es algo mucho más serio, es poner el pie en un camino donde una vez que empieza una a caminar, el propio camino te lleva, pero tú tienes que seguir caminando con todas las dificultades que aparezcan en el camino, con hondonadas y valles, con montañas y momentos de dulzura, pero también con momentos de fuerza. Tenemos que empezar la vida espiritual sabiendo que hoy el hombre está con una

perspectiva fantástica que es echar abajo, desprenderse de la piel, de cosas muy antiguas, de instituciones, de verdades y ir a cuerpo limpio a buscar el encuentro con el espíritu. Y eso le produce un gozo y una fruición que también están en todas las culturas religiosas del mundo, es decir, en todas las tradiciones religiosas y cultas aparece siempre el gozo de la fruición como el final. Es verdad que uno no puede buscar ese gozo, esa fruición. Pero es lo que hay al final del camino, es lo que uno encuentra, verdad, en el final del camino.

Cuando ahora mucha gente habla de la era de Acuario, de los cambios que se van a producir, tenemos que saber que esos cambios traen sufrimiento, pero traen felicidad, que como todo parto, no, estamos con dolores de parto. La creación gime con dolores de parto. La creación gime con dolores de sufrimiento terrible. ¿Por qué? Pues porque estamos en un momento de nacimiento y dar a luz una cosa implica un sufrimiento previo. Pero no hay que tenerle miedo, porque luego viene el gozo y viene la degustación del gozo de la vida espiritual.

En mi experiencia de estos años he visto cómo hay gente que se han transformado delante de mí, se han transformado enormemente en seres nuevos. Hay que dar luz a un nuevo ser, a un nuevo hombre, en el fondo de todo el proceso de la iniciación que eso daría para un cursillo entero. Hablar de la iniciación, es decir, del cambio de nivel, del cambio de ser, de ese ser que empieza el camino espiritual poniendo un pie casi sin saber, solamente llevado por la sed y encuentra al final del camino una plenitud, un pléroma, un pléroma de satisfacción.

Todos los placeres de la tierra, dice Broek, fundidos de un solo placer, son nada. "Solamente comparado con la alegría de la que yo hablo, no hay nada que se pueda parecer. Dios entra a raudales en toda su pureza y nos muestra el alma rebosante de felicidad".

Ricardo de San Víctor dice "comparada con esta dulzura, toda dulzura es amarga". O un místico indio Anandanay: "alegría, sólo alegría es su ser. Existe un estado en que sólo hay dicha, buena ventura y felicidad",

Es decir, todos han experimentado que al final del camino existe ese proceso de encuentro en el que uno se plenifica.

Y fijaros, la felicidad no es sólo por el encuentro del otro, sino porque al haberme transformado yo en el otro, gozo ser el otro en el mismo. Creo que no lo sé decir mejor, pero no gozo sólo porque yo tenga un gozo mío de mi parte de la felicidad, sino que gozo en el otro, porque es el gozo del otro el que me hace gozar a mí, y yo ese mi gozo que es que sufro, padezco su gozo. La vida espiritual es un pati, es un padecer en el sentido pleno del verbo latino pasivo "paty". Padecer, es decir, sufrir aquello, no. Teresa de Jesús decía acaeció a mí, me pasó, me acaeció, me sentí sumergida. Pues este final del gozo es una alegría profunda de estar en el otro. Aunque yo sienta la alegría, es en el fondo lo que siento, es la alegría del otro en mí, de lo otro en mí y Rabindranath Tagore decía "El nirvana no es apagar la vela, es la extinción de la llama, porque ya ha llegado el día", ya estamos en la plenitud, ya no hace falta la llama para nada.

Y voy a acabar, si os parece, para dar paso a todas las preguntas que queráis, a estos pequeños versos de Casaldáliga, ¿verdad? "Al viento de su espíritu, que se llevó en Pentecostés los prejuicios, los intereses y el miedo de los apóstoles y abrió de par en par la puerta del Cenáculo para que la comunidad de Jesús fuera siempre abierta al mundo,

libre en su palabra, coherente en su testimonio e invencible en su esperanza, para que seamos viento en el viento, hermanos, que así sea".

COLOQUIO:.

ALBERTO: Muchas gracias, María. La verdad es que es cierto que en este momento, todos, creo que compartimos este espacio que has creado espiritual, de alguna manera, puesto que justamente, al menos yo puedo decírtelo personalmente, el escucharte nos ha puesto, me ha puesto en esa dimensión de trascendencia, de tener consciencia de que estamos asistiendo a un momento ciertamente especial. Muchas gracias. Yo te agradezco muchísimo tu intervención.

Vamos a ir dando paso al coloquio. Hay algunas preguntas que ya están apareciendo en el chat y que sin más dilación, yo voy a empezar a proponerte si te parece María, por ejemplo, ¿qué es lo que caracteriza y distingue la espiritualidad cristiana de otras espiritualidades? ¿Qué papel juega ahí Jesús de Nazaret para empezar?

MARIA: Bueno, pues yo creo que la espiritualidad, como tal, es la espiritualidad, no tiene límites. El mundo cristiano, lo que trajo al mundo antiguo en pleno Imperio Romano, fue la aparición del amor como la fuerza transformadora. El amor es la primera vez que la religiosidad del mundo pagano aparece como una fuerza transformadora y la intimidad del alma con Dios, a través de un mediador único, excepcional, que fue Jesús de Nazaret, que aparece como hijo. Fijaros que, quizá la frase más misteriosa para mí del Evangelio es una frase de Juan que dice ¡Quien me ve a mí, ve al Padre!. Hago mucho hincapié en el vé. ¿Y qué es ese ver? ¿En qué consiste ese ver en el hijo?, aquel vista Go-Go que iba por los pueblos curando y haciendo el bien? No, no. A eso no se está refiriendo Juan. No se refiere a un profeta, se refiere a ese ver la esencia de la divinidad en él, a ver al Padre en el Hijo, es decir, a ver la kenosis, la humillación que sufre un Dios que para entonces había sido un Dios grandioso, el Dios del Sinaí y el Dios de la ley metido en aquel cuerpo de aquel hombre que acaba luego muriendo, no, que acaba nada menos que crucificado. Yo creo que la espiritualidad del mundo cristiano consiste en el amor de Dios hacia los hombres a través de un mediador, su hijo y, como doctrina última y definitiva, el amor expansivo a todo lo creado. Por lo tanto, eso es lo que define de una manera clara, que lo hagamos a través del Hijo, pero siempre el amor como fundamento. Fijaros que de lo que se nos va a examinar en este examen tenemos ya la pregunta del examen final, no. Se nos va a preguntar ¿cuándo me diste de comer y aquella vez que me diste de beber? Y uno le preguntará y ¿cuando te di de comer y de beber? Me diste de comer y beber, cuando serviste a tu hermano.

Es decir, que nosotros en el cristianismo hay una dimensión del otro, pero siempre sin perder la visión del Cristo que en el fondo somos todos nosotros. La segunda persona de la Trinidad.

ALBERTO: Otra pregunta hace referencia a la situación en España, dice, la religión en España ¿será capaz de no ser obstáculo para vivir la espiritualidad?.

MARIA: Bueno, en España estamos viviendo un momento muy interesante de destrucción de las estructuras, porque muchas veces la propia Iglesia sí que ha sido un obstáculo. Otras muchísimas veces no. No sólo eso, sino que ha sido cauce de grandes procesos, incluso sociales, de transformación inmensa. Esa parte, yo no sólo no se la quito, sino que creo que hay que reivindicarla como propia, pero es verdad que muchas veces esa falta de comunicación con el espíritu, ese miedo a la transformación profunda, nos ha llevado

muchas veces a anquilosarnos, no, es una pena, yo, que estuve durante 25 años en Comillas de la Universidad de los Jesuitas dando clase de teología, me acuerdo el sufrimiento que tenían muchas religiosas que venían a hablar conmigo de una espiritualidad tan pobre en sus propios conventos, en sus propios habitat, teníamos largas conversaciones de espiritualidad buscando cómo renacer, cómo vivificar instituciones que estaban como mortecinas, como cansinas. En fin, esto es un problema gordo. Hay que volver a renacer en la vida del espíritu. Hay que confiarse a la vida del Espíritu. Hay que orar mucho. Hay que orar mucho. Hay que contemplar mucho. Sólo la oración y la contemplación llevan al hombre a un encuentro con lo divino. Y eso hay que hacerlo dentro de las instituciones y fuera de las instituciones.

ALBERTO: Hay otra pregunta que yo creo que puede conectarse muy bien con esta anterior, que dice me cuesta creer que solamente sea ceguera, lo que impide que las estructuras de nuestras instituciones religiosas vivan este alejamiento de la espiritualidad. ¿Qué más hay? ¿Cómo podemos empujar desde dentro Este cambio hacia una vida espiritual?.

MARÍA: Es verdad. Es una buena pregunta, ¿cómo podemos desde dentro hacerlo? Pues tiene razón, es un tema que yo me he planteado porque yo estoy dentro, me considero dentro, dentro y al margen también, dentro, pero marginal, porque mi vida ha estado rodeada de mucha gente marginal en la vida espiritual. Pues sí, es un tema complicado. Yo creo que se puede ayudar abriendo la capacidad de la esperanza. La esperanza es virtud teologal, porque es esperar en lo imposible. Por eso es esperanza. La esperanza consiste en espera en lo imposible y en esperar que la acción del Espíritu vuelva de alguna manera a actuar en su iglesia. Hay indicios de que hay mucha gente con deseo de búsqueda de espiritualidad. Es que esa ceguera de la que yo hago alusión, no es una ceguera fácil, es la ceguera que da la torpeza de la incomprensión, de la dureza de corazón. Y que esa ceguera viene dada por la dureza del corazón, por no abrirse a las acciones del Espíritu, por no aceptar que el Espíritu habla de muchas formas, por no aceptar que es el amor lo que transforma la realidad. Yo creo que que muchas veces esa ceguera viene dada, perdonarme que sea tan clara, por una especie de mala voluntad, una mala voluntad que te ciega para ver, una mala voluntad que te dice pero no estás viendo que el espíritu está saliendo y te está llamando desde lo más humilde, desde los niños, desde los pobres, desde lo que necesitan y desde los que necesitan sabiduría y conocimiento, porque se puede ser pobre de riquezas físicas, pero es terrible ser pobre de riqueza espiritual. A mí eso me parece tremendo. Y en eso sí que la Iglesia ha sido muy responsable de esa pobreza, porque no ha suscitado desde dentro el deseo del conocimiento de la vida. Hay que buscar la vida, no, yo soy la vida y la vida y todo eso. Es dejarse de miedos, es dejarse inundar por las aguas del espíritu. La vida es llevar hacia los demás una vida floreciente, nutrida desde dentro. Y para eso hay que romper, pues no solo esa ceguera, sino también esos gestos de mala voluntad que a veces salen por torpeza espiritual. Hay que educar a la gente en la sensibilidad espiritual. Son torpes espiritualmente. Eso es una pena tremenda.

ALBERTO: Quiero, antes de continuar, agradecer a todos los que estáis haciendo las preguntas. Están apareciendo muchas preguntas, además, preguntas cortitas y claras, que es como es más fácil transmitir las. Muchas gracias. Hay alguna más relacionada con el tema de la Iglesia, pero querría igual cambiar un poquito el orden y abrir otro tema. Lo que pregunta otra persona que dice ¿cómo vislumbra María la compatibilidad entre mística y compromiso social?

MARÍA: Pues sí, es una pregunta estupenda, porque uno de los grandes riesgos de la gente que se inicia en el terreno de la contemplación, eso es sobre lo que advierte Meloni, de un interiorismo solipsista en el que yo me meto dentro de mi yo, de mi propio silencio, hago mucho silencio, hago mucho tal, pero ¿qué pasa con los demás? Pues hay que saber combinar las dos cosas. El silencio por sí mismo no te lleva a ningún sitio si no te lleva al encuentro con el otro y contigo mismo. Por lo pronto, quitar lo que decíamos antes, la viga que tenemos en nuestro ojo, nuestra propia incapacidad de avanzar. Pero siempre te lleva al otro. El otro está esperando que tú des ese salto el hombre. El otro está esperando tu limpieza de corazón. El otro está esperando que se te limpie el ojo para recibir de ti ese apoyo, esa comprensión, esa dulzura. Pues sí, hace falta compromiso social.

Cuando yo era niña, bueno, joven, cuando yo era muy joven, vosotros sois todos bastante más jóvenes que yo, se hablaba mucho en los círculos donde yo me movía, muy jesuíticos, por cierto, yo me moví siempre en el ámbito jesuítico del llamado compromiso temporal. Entonces, compromiso temporal era comprometerse con las estructuras para ir contra las dictaduras, contra todo aquello que coacciona cualquier acción. Pero, en cambio, se olvidaba toda la parte de la espiritualidad profunda. Fue años más tarde, cuando yo me fui dando cuenta de que aquello sólo no tenía sentido, sino estaba vivificado por una vida espiritual profunda. Por lo tanto, creo que las dos cosas se necesitan y se apoyan la una a la otra. Compromiso temporal sin vida espiritual no vale, vida espiritual sin compromiso es una cosa inerte, no, y los grandes, por ejemplo, hoy que hemos hablado de Casaldáliga, del verso que hemos leído de Casaldáliga, Casaldáliga fue un hombre comprometido con la situación tremenda de Brasil y estuvo comprometido hasta el cuello. De hecho, intentaron matarlo en varias ocasiones, etcétera. Y sin embargo, quien duda que es un místico, es decir, que es desde la vivenciación profunda de la espiritualidad que uno tiene que encontrarse con el hermano. Es que si no ni siquiera es hermano. El otro es hermano, porque lo ves desde el punto de vista espiritual que se convierte en hermano y no en otro.

ALBERTO: Pues siguiendo en esta misma línea hay una pregunta de una persona en primera persona dice: soy una persona activa a la que le cuesta mucho orar y la contemplación, ¿qué me puedes decir?

MARÍA: Ah, pues te puedo decir cosas muy interesantes.

Mira, Teresa de Jesús decía que Dios estaba entre los pucheros. Es decir, en la vida cotidiana, tú, cuando te levantas y eres activa, lo único que tienes que hacer es un acto de presencia. Estoy en presencia de lo sagrado y estoy en presencia de esa realidad última, fuera y dentro de mí. Y todo lo que haga a lo largo del día, desde hacer camas a estar en un trabajo, en hacer teletrabajo, en cuidar a mis hijos, a mi familia, al mundo, estoy dentro de la espiritualidad, la espiritualidad de los pucheros. Karl Rahner ha escrito mucho sobre la mística de la cotidianidad. Es decir, uno no tiene que salir del mundo cotidiano, de lo inmediato para ser un místico, porque lo que hay que hacer es tener y tomar conciencia desde el punto de vista desde que te levantas por la mañana, de yo soy un ser espiritual y voy a irradiar alrededor de mí todo, aunque lo que tenga que hacer sea de lo más humilde. Y también Eckart, el maestro nada menos, que su metafísica, para mi gusto, es de las místicas de la esencia más interesante que podemos ver, decía "Dios se encuentra en el establo". Así que en los pucheros y en el establo, esta Dios, en la acción de cada día, en lo que uno hace. La mística no es solo encerrarte y orar, no es solo orar vocalmente u orar en un tiempo de contemplación, es estar dispuesta en una presencia continuada de Dios o llamémosle como le queramos llamar. Yo le llamo Dios, pero se le

puede llamar el misterio de lo profundo y vivir dentro de ese misterio sin salir de él en todo el día. Y estás haciendo cosas sin parar? Es una pregunta muy bonita, porque además esto se ha planteado siempre y es verdad que los místicos han respondido a esto, así que hay que acordarse que está en el establo, en los pucheros y en la vida cotidiana. No hay que irse, salirse de eso para hacerlo.

ALBERTO: Gracias. La pregunta es bonita, pero la respuesta encantadora. Seguimos un poquito más. Volvemos con el tema de la Iglesia. Hay otra pregunta de una persona que es más contundente. Dice ¿cómo provocar una revolución en la iglesia para volver a las raíces, al encuentro con Dios?.

MARÍA: Pues ahí sí que creo yo que la revolución es oración, oración y oración, en contra de lo que pueda parecer contradictorio.

Creo que las revoluciones espirituales se consiguen alcanzando un grado de espiritual que todo lo que te rodee a ti alcance esa necesidad de transformación. Quiero decir que son transformaciones muy profundas, en las que lo que hay que hacer es transformar desde dentro nuestra visión de la vida religiosa. La vida religiosa no es solo tener una serie de creencias, actuar con estas creencias, responder a una serie de mandatos. Si los mandatos que ahora tiene la Iglesia son casi todos de derecho canónico, si casi no tiene nada que ver con la espiritualidad, por desgracia para nosotros. Lo que hay que hacer es volver a la vida espiritual y buscar dentro del espíritu todo aquello que concierne a la vida y está dispuesto a, en el lugar donde te toque estar, ser siempre una especie de testigo de la verdad, de testigo de la verdad. Y si hay que decir algo a la Iglesia, decirlo, y si hay que decirlo en la parroquia, decirlo, pero no decirlo con acritud, tenemos que aprender a hablar, aún estando llenos de verdad, hablar con humildad y mansedumbre. Decir nuestra verdad con mansedumbre, con fuerza, pero con mansedumbre. Esa es la verdadera revolución.

ALBERTO: Pues parece que la siguiente pregunta, que ya estaba escrita, va en esa línea precisamente de pedir, de decir a la Iglesia, dice, María: hay que obedecer a Dios antes que a los hombres. ¿Cuándo dejará la Iglesia de no reconocer la importancia e igualdad de la mujer?

MARÍA: Sí, bueno, el tema de la mujer es un tema complicadísimo. Es un tema largo que lastramos, en otras iglesias de la Iglesia Episcopaliana ya hay mujeres ordenadas, incluso obispas que ya han alcanzado. La Iglesia católica arrastra en Occidente esos latinos, romanos, que todavía estamos con él. Estamos todavía con el pater familia de la iglesia romana. Fíjate que cuando la iglesia se convierte, diríamos algo, cuando en el año 312, en la escuela de Constantino se constantiniza la Iglesia, como decía Raimon Panikker, pierde todo el carácter de iglesia perseguida, de iglesia subterránea y aparece al lado del imperio todas las instituciones que hace son iguales. Al Sumo Pontífice lo llamamos Sumo Pontífice por el Imperio, la jerarquía imperial. Y ahí el pater familias seguía dominando la vida romana. Y nosotros seguimos bajo la égida del pater familias. Y es una cosa terrible en el mundo católico, esa especie de peso que tenemos encima tan tremendo. Es verdad que gracias al espíritu, las mujeres van abriendo ese cauce y van teniendo cada vez más voz. Y hay muchas mujeres teólogas que hablan, afirman con un sentido común, con un sentido muy afirmativo y hablan con fuerza, pero verdaderamente haría falta una revolución espiritual muy fuerte para que diéramos pasos hacia adelante. Sí, realmente eso es una asignatura terrible de la Iglesia Católica, muy tremenda.

ALBERTO: Vamos a ver ahora, podemos volver al inicio de tu conferencia, cuando nos hablabas del anhelo, de la sed, muy oportuno lo de la sed. Ciertamente. Nos hablabas de la sed y del anhelo de las personas, pero al mismo tiempo nos prevenías de los riesgos, los riesgos que en este momento puede haber de mensajes que no van al fondo y que igual pueden entorpecer ese camino de búsqueda. Igual puedes decirnos algo más.

MARÍA: Meloni lo hace muy bien, pues Meloni dice que una de los grandes riesgos de este tipo de espiritualidades blandas, por llamarlas de alguna manera, es la banalización de la verdad y la verdad es que la verdad tiene una estructura interna que no se puede banalizar, que no se puede convertir en algo fácil, en algo blando, en una espiritualidad de pacotilla, en una espiritualidad de cursillo de fin de semana, de comer arroz integral. No, la espiritualidad es una cosa mucho más seria que eso. Y ese riesgo sí que se produce, porque como como la gente no tiene en general una formación sólida, acepta lo que viene de fuera sin actitud crítica. Y entonces vale todo. Y hay una banalización. Y no nos damos cuenta de que la vida espiritual, como decíamos antes, conlleva una transformación. Y cuando uno se transforma, significa un pulimento de uno mismo, no. Pulir la plata significa pasarle un sentido de abrazamiento en que queda pulida, para que brille la plata hace falta que el pulidor lo trabaje. Bueno, necesitamos dejarnos pulir, necesitamos dejarnos brillantar, necesitamos dejarnos que salga nuestra vida espiritual profunda que tenemos dentro. Y esO a veces se hace con dolor y sufrimiento, no siempre. No estoy hablando de un dolorismo por el dolorismo ni nada de eso. Digo que no se puede banalizar y muchas veces la vida espiritual se tiende a banalizar como si fuera una cosa fácil. Y si tu no te transformas por dentro, si no hay una transformación profunda, no se puede vivir la vida sería, la vida de espiritualidad seria. Entonces, por una parte, estas espiritualidades han ayudado a atraer a primera fila el sentido de lo sagrado, pero por otra parte han banalizado la vida espiritual, convirtiéndola en algo que muchas veces se queda en una especie de ficción externa, no. La vida espiritual es una vida seria, que está llena de gozos, pero es una vida de transformación, de pulimento, y uno tiene que asumir en esos períodos los valles, las montañas, los momentos de cúspide y los momentos de bajada. Y eso hay que admitirlo en el camino y está previsto. Si uno se lee realmente a los místicos ve que todos ellos han pasado por los mismos procesos. Lo que no se puede hacer es mirar hacia atrás. En la vida espiritual hace falta dar un paso hacia delante y cuando ya te han atrapado, diríamos, cuando has dicho un sí en que esa cosa que yo llamo Dios, que es el misterio, te atrapa, ya no te permite dar la vuelta atrás, la vuelta atrás te convierte en estatua de sal.

ALBERTO: Igual profundizando un poquito más, hay una persona que pregunta por qué diferencia ves tú entre la meditación silenciosa y lo que se llama en un contexto cristiano oración de contemplación.

MARÍA: Pues vamos a ver, la oración de contemplación es cuando se acaba toda palabra, incluida la interior. Es el silencio total y estar ahí, abriendo ese ojo interior a eso que se ve, a eso que se ve. La oración interna muchas veces es un discurso interno que tiene su valor en el mundo de la espiritualidad. Pero llega un momento en que uno tiene que cortar el discurso para entrar en el silencio y en el silencio de un doble silencio, el silencio que está ahí fuera y un silencio que yo procuro organizar desde mí. ¿Y cómo lo hago? Parando, quitando todo aquello que me impide seguir con el discurso.

La oración contemplativa, en definitiva, es un estar delante de Dios postrándose y mostrando docilidad al Espíritu. Se trata de un acto de docilidad al Espíritu Santo. Es decir, estoy aquí y sólo estoy aquí, y tomar conciencia de que estoy aquí sin que haya nada que me saque de este aquí mismo, ante una docilidad de una voz. Decía Rumi "el

silencio es el verdadero lenguaje de Dios" y que todo lo demás son malas traducciones, decía Rumi. El silencio, en el sentido profundo de la palabra silenciar, no estar callado, sino de acatamiento, de acallar, de oír, de escuchar y de ver, de oír, escuchar y ver. Esa es la contemplación. Esto es lo que creo yo que es la contemplación y lo que dicen los místicos que lleva a la contemplación, el silencio, el cortar con todo discurso externo que me permita ver, oír y escuchar.

ALBERTO: Otra pregunta retoma el mundo o la propuesta de sacralización. Decías que resaltabas la importancia de una nueva sacralización. Entonces, la pregunta es: yo creía que había que desacralizar la realidad como salida a la crisis actual.

MARÍA: No, todo es sagrado, todo es sagrado. Es sagrado el mundo, es sagrado el cosmos, es sagrada una planta, es sagrada la vida, es sagrado todo aquello que contenga la vida. Lo que tenemos que aprender es saber con esos ojos nuevos, esa sacralidad extendida por todo el universo. ¿Por qué? Porque estamos hablando de una divinidad inmanente. No se puede comprender a Dios como algo externo, un Deus ex máquina, no, fuera de toda máquina, como Creador ahí fuera, y nosotros aquí todo el resto de las cosas, como su obra ajena a él. Los críticos no hablan de eso. El místico habla de la profundidad que tiene la búsqueda de Dios en las cosas mismas, en todo lo que nos rodea. Está en el agua, en el vino, en las flores, en los seres, en la sonrisa, en la vida. Eso es sacralizar. Decía Tales de Mileto en el siglo sexto, antes de Cristo: todo está lleno de dioses. Es que lo está, es que todo está lleno de la vida del Espíritu. Es que no podría haber nada sin la vida del Espíritu. ¿Os acordáis de la historia interminable? La nada. Cuando no se pensaba, la nada iba comiendo terreno, se extendía. El espíritu está en todas partes, en toda la realidad, desde el último planeta lejano, que no teníamos ni idea de dónde está. Yo, es que me pierdo mucho con las cantidades del universo, esa inmensidad me aterra, como decía Pascal, no, de esa profundidad del universo, a veces. Ahí, todo eso está lleno de Dios. Y eso y esto, todo está lleno de Dios. Por lo tanto, la sacralización no es la religiosación de una cosa, sino la sacralización del universo. Es decir, que las cosas estén plenamente imbuidas de vida divina.

ALBERTO: Hay otra, otra propuesta que dice hace referencia a la metáfora de Meloni que has comenzado, que has explicado, la de las copas y el vino, entonces dicen ante la desbandada de las iglesias y la búsqueda creciente de espiritualidad fuera de la religión ¿podemos afirmar que estamos ante un nuevo tiempo axial y que se está produciendo una metamorfosis de lo religioso?

MARÍA: Pues seguramente sí y Raimon Panikker decía que esto no duraba más de doscientos años y durará doscientos años porque los elefantes tardan mucho en morir se decía, pero en definitiva, hay una metamorfosis hacia una espiritualidad mucho más plena, más libre, menos institucionalizada. Esa es la gran esperanza. Yo creo que el vino de la Copa no hace falta que esté en copas determinadas, sino que el vino se extienda y pueda embriagarse todo aquel que quiera acercarse al vino.

ALBERTO: Otra, pregunta de nuevo, vuelve sobre el tema de la Iglesia, ya ves que es un tema que evidentemente nos preocupa, recurrente, desde adentro, como hablábamos antes. En este caso, dice como la Iglesia, pues tal vez está defendiendo sus plataformas de poder. Igual está muy centrada en cuidar sólo lo ritual e incluso muy apostando solamente por una moral muy acotada. ¿Qué se puede hacer? ¿Cómo romper esa tendencia desde dentro?

MARÍA: A mí me da mucha pena porque se han confundido, primero la palabra rito y luego la palabra moral. Es que la religión no es una moral, es que la religión va mucho más allá de la moral. La religión es un horizonte de sentido dentro de un lecho teológico, da al hombre un horizonte de sentido, de plenitud, de plenitud y de totalidad. La moral es el abc de la vida espiritual, por supuesto. Pero es que no ha nacido, no ha venido ya, ya que estamos en un contexto cristiano hablando de Jesús de Nazaret, no ha venido Jesús de Nazaret a imponer una moral nueva, no. Si hubiera sido eso, ¿hubiera merecido la pena su muerte, su vida?. Qué disparate! Mira que si él hubiera sólo venido solo a que fuéramos buenos. Jesús no vino a que fuéramos buenos, vino a decir que fuéramos. Es decir, el ser, que adquiriremos el ser de la divinidad, lo que llamaban los Padres de la Iglesia la teosis, que alcanzáramos la teosis, la plenitud del ser. No ser bueno.

Ser bueno es el abecé, es el principio. La religión no es una moral, aunque mantenga una moral, evidentemente, la religiosidad debe ir a la búsqueda de la vida del espíritu y a la búsqueda de la vida en plenitud de seres plenos, con vidas plenas, en un cosmos pleno, lleno de Dios. Si no, sencillamente no están cumpliendo con lo que tienen que hacer.

No ya son sólo plataformas de poderes, por supuesto, es que eso ya queda hasta, es que es tremendo lo que hay que hacer, ignorarlo. En vista de que no podemos luchar de frente, busquemos la espiritualidad, busquemos la vida del Espíritu. Hagamos. Y ellos que se den contra el muro de la realidad. Que se den contra el muro de la realidad. Que tiene que desaparecer la Iglesia como la conocemos, pues que desaparezca, si es que no está valiendo para nada. Y hay gente de buenísima voluntad dentro. Muchísima gente de buenísima voluntad y gente con un ánimo estupendo, pero como tal institución, hoy día, sabemos que no están respondiendo a las necesidades espirituales del hombre. Bueno, en el fondo, es que nos hemos olvidado del origen. Nos hemos olvidado de que la figura de Cristo va mucho más allá de la figura de Jesús de Nazaret, que Cristo es un ser cósmico y universal que vino a traer la salvación de los hombres para que viviéramos en santidad y justicia delante de Él todos nuestros días. Rezamos todos los días en el Benedictus por la mañana, con santidad y justicia ante Él, todos nuestros días de nuestra vida, dentro de la Iglesia, fuera de la Iglesia y sin institución. Jesús no vino sólo a perpetuar una estructura. El Cristo vino a decir un sí de Dios a los hombres, es el gran sí de Dios a los hombres. Es el sí de la aceptación del ser humano. Reducirlo a la iglesia o reducirlo a un cristianismo fofo y blando, pues es muy triste, porque es reducir la figura, es reducir, menguar enormemente esa figura. Es no haberla entendido, en definitiva.

ALBERTO: En la actualidad. María hay una práctica que se ha extendido de una manera significativa, que es el mindfulness, la atención plena. Ya me gustaría que pudieras decir alguna palabra de cómo esa técnica puede ayudar en el camino de la espiritualidad.

MARÍA: Yo creo que la atención es un papel importante para la toma de conciencia, tomar conciencia de uno mismo y hoy es muy importante la toma de conciencia. Pero fijate, te voy a decir que en la vida espiritual, además de la atención, lo que hay que educar es la intención. Además de la atención, educar la atención al momento, educar la atención a educarla y a sostenerla y a mantener la atención, que no es nada fácil. Yo diría que lo que más importa es la intención en la vida espiritual. La intención de plenitud. La intención del unum verum bonum de la Edad Media. Buscar la verdad, la unidad, la totalidad y no perder de vista nunca eso. Es la intencionalidad del ser humano, lo que le convierte en hombre y lo que hace dirigir su voluntad hacia eso.

La voluntad, la voluntad. Educar nuestra voluntad no sólo para estar en el presente, no sólo para la atención de la toma de conciencia que, por supuesto, si no tomamos

conciencia, no somos ni siquiera seres humanos. Es que es la intención en la vida espiritual lo que determina. Purificar la intención. ¿Hacia dónde dirijo mi intención? Y si queréis, hacia donde dirijo mi atención, ¿dónde la pongo? Claro que ayuda. Es un método, no es más que un método.

El padre Basileus decía en la Iglesia oriental "la vida espiritual no es un método, es la totalidad de la vida comprometida". Eso, es la intención lo que importa.

ALBERTO: Bien, hay otra pregunta que voy a leerte, dice: María, en alguna diócesis, en círculos minoritarios sacerdotales, aparece un cierto donatismo. ¿Por qué se olvida a San Agustín? No sé, yo mismo no entiendo muy bien la pregunta, no sé si de tu parte o debemos aclararla,

MARÍA: Yo creo que quiere decir que todo el tema de si sólo hombre. Todo eso es un tema del siglo II hasta el siglo quinto, muy interesante, no, de reducir hoy la figura de Cristo a una figura solamente espiritual o solamente humana.

Lo difícil del Cristo es entender que es las dos cosas, lo difícil del Cristo, es saber que es la gran trascendencia metido en la inmanencia. Y eso todos los dogmas cristológicos ya lo plantearon los cinco primeros siglos del cristianismo. Para unos, Cristo era Dios, sólo Dios y solamente Dios. Por eso, nosotros en Occidente hemos sacralizado de tal manera la figura de Cristo, que la hemos considerado nada más que la figura y nos hemos olvidado del hombre, admitir las dos cosas, admitir la confluencia de lo que se llama el Dios inmanente, eso es lo que nos cuesta trabajo. Ver la doble dimensión. Es un tema antiquísimo, porque son los primeros siglos del cristianismo cuando están determinando y condicionando cuál era la naturaleza de Cristo. Y admitir la doble naturaleza humana y divina es lo que nos sigue costando muchísimo. Por eso, si nosotros fuéramos capaces de entenderlo en él, lo entenderíamos en nosotros también. Nosotros, en ese sentido, somos Cristos con minúscula. ¿Por qué? Porque somos un recipiente de la divinidad. Nosotros somos recipientes de la divinidad. Somos recipiendarios de ella. Es en nosotros donde se manifiesta y por lo tanto en el Cristo es al que adquiere toda la dimensión enorme que significó que nada menos que un Dios llegara al ser humano en la kenosis, en la total disolución de su divinidad. Es que eso no, casi no lo queremos admitir. Esa kenosis total de Dios que no aparece por ningún lado, que no es ni poderoso ni nada de nada y aparece destruido, muerto, humillado. Eso no lo admitimos. Esa naturaleza humana de Cristo unida a la divinidad que nos hace un misterio tan profundo. El Cristo es en sí mismo el misterio. Es la unión de las dos naturalezas. De las dos, nos pese cuánto nos pese y nos cueste cuanto nos cueste entenderlo.

Tan Dios como hombre y tan hombre como Dios. Y en nosotros mismos también. Me encantaría poder transmitir esto en nosotros mismos también.

ALBERTO: Bien, vamos llegando al final. Ciertamente, yo creo que tengo que transmitirte que varias personas en el chat están manifestando su satisfacción, su acción de gracias. Muchas gracias, María, dicen muchas gracias. Nos ha parecido un momento intenso. Yo creo que puedo transmitirte en el nombre de todos los que hemos estado escuchándote, que ciertamente tengo la sensación, como antes decía, de haber vivido, de estar viviendo un momento trascendente, un momento espiritual. Y es verdad que es precioso el constatar cómo al final, en lo sencillo, cómo puede ser este espacio que hemos creado esta tarde aquí contigo, pues podamos experimentar y vivir de alguna manera este primordio de lo que nos has estado hablando. Muchas gracias, María.

MARÍA: Muchas gracias. Por último, yo quería decir que ésto es la gran esperanza. Es en estos pequeños círculos, en estos pequeños grupos, en estas pequeñas acciones, donde el Espíritu se manifiesta y en ese hecho de manifestarse ya nos está enseñando el camino que hay que seguir. Muchas gracias. Muchas gracias por haberme invitado. Gracias.

ALBERTO Estupendo. Perfecto. Muchas gracias, María. Muchas gracias a todos los que habéis estado siguiéndonos desde vuestras casas por vuestra participación. Las preguntas han sido muy fluidas y muy fácil de gestionar. Solamente antes de terminar, recordaros o anunciaros que el mes que viene tendremos la próxima conferencia, una presentación o una celebración más bien del evento que este año celebramos, los 25 años del foro Gogo. Os invitaremos por los canales habituales y esperemos que esa celebración sirva también para marcar un punto de partida para seguir trabajando en esta línea que todos buscamos de profundizar y redescubrir nuestra vida espiritual, como hoy hemos hablado. Muchas gracias a todos y buenas tardes.

MARÍA: Muchas gracias. Muchas gracias a vosotros.